

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baibars”

I - Las infancias de Baibars

Capítulo 3

3 - El huérfano de Bursa

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 25-03-2016
Número de páginas: 15
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

3 - EL HUÉRFANO DE BURSA



Emprendieron camino y en varias jornadas se encontraron en Damasco, y en cuanto Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser supo de la llegada del jawâya Ali; salió a su encuentro rodeado de los nobles y notables de la ciudad.

¡Día memorable el de su entrada en Damasco!

El jawâya Ali volvió a su casa; su mujer le saludó, contenta de su llegada, y le pidió que le contara las novedades; él le relató lo que le había pasado, y aquello fue excusa para festejos y alegres veladas, en las que parientes y amigos vinieron a saludarle. Mientras tanto, los mercaderes de mamelucos, que habían venido con él desde el Cairo, se alojaron en el caravasar.

Tras pasar unos días en su casa, la salud del jawâya Ali se resintió y cayó enfermo; bella ilustración la del proverbio que dice: “Desgraciado el que se enriquece, si cae enfermo y muere.” Su enfermedad empeoró gravemente y entonces los mercaderes de mamelucos fueron a visitarle y le dijeron:

- El tiempo pasa y henos aquí ya con mucho retraso. Nuestros gastos sobrepasan ampliamente lo que habíamos previsto y ya nos hemos comido ganancia y capital. Hemos abandonado nuestras casas y la ruta aún es larga. Esta estancia en Damasco no nos aporta nada, pues nada tenemos que hacer aquí. A fuerza de esperar y de rogar al Señor que te devuelva la salud, hemos perdido mucho tiempo, y tú sabes que nosotros somos un colectivo de gente que vive de la gracia de Dios - ¡loado sea!- En fin, que esperamos que tú no te molestes si proseguimos nuestro viaje en busca de los beneficios que Dios quiera.

- No me molesta en absoluto, partid y que la paz de Dios sea con vosotros y que Él os proteja; yo os alcanzaré en cuanto mejor.

Los otros, sin más demora, se despidieron del jawâya y dejaron Damasco en dirección a Bursa¹ y a las comarcas cercanas. Al llegar a la ciudad, comenzaron inmediatamente a abastecerse de mamelucos.

¹ **Bursa** (conocida históricamente como *Prusa*, en griego: *Πρόβσα*, y posteriormente como *Brusa*) es una ciudad del noroeste de Turquía y capital de la provincia de Bursa. El emplazamiento más antiguo que se conoce es la ciudad de Cío, la cual cedió Filipo V de Macedonia al rey Prusias I de Bitinia en el año 202 a. C. por su ayuda contra Pérgamo a Heraclea Póntica (la actual Karadeniz Ereğli). Prusias le cambió el nombre en honor a sí mismo, Prusa. **Bursa** fue evangelizada por San Andrés, apóstol de Bitinia, que acompañado probablemente por su hermano San Pedro, ejerció su apostolado por estas tierras. Bursa fue uno de los focos de irradiación del cristianismo primitivo. Posteriormente, adquirió gran importancia debido a su ubicación en el extremo occidental de la Ruta de la Seda. Se convirtió en capital del Imperio otomano cuando fue conquistada al maltrecho Imperio bizantino en 1326.

El jawâya Ali guardó cama cuatro meses seguidos, tras los cuales el Señor permitió que recuperara la salud. Se curó, y se levantó, alabando al Señor – Exaltado sea-. Se fue hasta el hammam, y volvió a comer y beber, y gracias a la protección de Dios, se restableció por completo; distribuyó limosnas entre los pobres, les dio de comer, e hizo que se leyera la azora del nacimiento del Profeta¹. Su familia, sus allegados y amigos le dieron una fiesta, y cuando se sintió preparado, comenzó a tomar las disposiciones para el viaje; al cabo de tres días, ya había arreglado todos sus asuntos, y montó a caballo. Se despidió y dejó Damasco en dirección a Homs y Hama. Al pasar por la puerta de la ciudad de Hama, vio a los mercaderes de mamelucos que salían, llevándose más de seiscientos mamelucos. Cuando le vieron, le saludaron y felicitaron por haber recuperado la salud.

- ¡Jawâyas, les dijo, no habéis dejado ni un solo mameluco en toda la región de Bursa y de Kufa!

Le respondieron:

- Nos habría gustado que hubieras estado con nosotros; pero si quieres, nosotros mismos te daremos estos mamelucos, no vamos a ponernos a regatear contigo.

- ¡Que Dios os bendiga y os haga prosperar! - les repuso el jawâya Ali -. Si Dios quiere, ya encontraré yo lo que necesito, pues como dice el poeta:

*Si mi destino es la suerte, que el Señor sea bendito,
y si la desgracia fuere, dejándome la existencia,
su perdón imploraré a la gran Omnipotencia
por los pecados, de palabra y obra, cometidos.*

Se despidió de todos ellos y se marcharon. Y el jawâya Ali prosiguió su camino noche y día, por desiertos y estepas, llanuras y desfiladeros. Cada vez que pasaba por una aldea, la gente le recibía con todos los honores. Y cuando al fin llegó a la ciudad de Bursa, se presentó al palacio de Massûd Beg Ibn Otmân y le entregó el firman del sultán, así como la carta del Hâÿ Shâhîn.

Massûd Beg cogió el firman, lo besó y se lo llevó a la frente, luego se lo pasó al escriba que lo leyó:

*En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso,
la oración y mi saludo para el más noble de los Árabes y de todo el género humano,*

La conquista de Edirne en 1365 hizo que aquella ciudad también destacase, aunque Bursa siguió siendo un importante centro administrativo y comercial, incluso cuando perdió su estatus de capital. Poco después de que los otomanos la conquistasen, éstos abrieron una escuela teológica en Bursa. Dicha escuela atrajo a numerosos estudiosos musulmanes de todo Oriente Próximo y continuó su actividad después de que Bursa dejase de ser la capital. Durante el dominio otomano, Bursa fue el origen de la mayoría de los productos de seda del entorno del sultán. Aparte de la producción local, se importaba seda salvaje de Irán y, en ocasiones, de China, y era el principal fabricante de kaftanes, almohadas, bordados y otros productos de seda para los palacios del sultán hasta el siglo XVII. <https://es.wikipedia.org/wiki/Bursa> (10-08-2015)

¹ En acción de gracias por haberse curado.

*de parte del que habla y nunca miente;
del que da su palabra y nunca la traiciona;
del rey El-Sâleh Ayyub El-Najmî a Massûd Beg Ibn Otmân.
Al portador de la presente, el jawâya Ali Ibn El-Warrâq,
le he encargado que me compre mamelucos.
Facilítale la labor todo lo que puedas.
¡Salud!*

Después de leer el firman, desplegó la carta del gran visir, el agha Châhîn El-Afram, y leyó:

*De parte del Hây Shâhîn a nuestro primo, Massûd Beg.
Sabe que hemos enviado al jawâya Ali Ibn El-Warrâq con la misión de comprar mamelucos
de calidad para nuestro señor el sultán El-Sâleh Ayyub.
Te pedimos que hagas proclamar en Bursa que no sea vendido ningún mameluco sin
haberle sido presentado antes al jawâya Ali,
a fin de que proceda a su adquisición, si le parece conveniente.
Vela porque sea recibido con honor y pon a su disposición la plata necesaria.
Ayúdale y facilítale la labor todo lo que te sea posible.
Todo cuanto hagas por él, será como si lo hicieras por nosotros.
¡Salud!*

Después de leer esta carta, Massûd Beg dio la bienvenida al Jawâya Ali y le hizo instalar en la mansión de los invitados. Al día siguiente, mandó que se reunieran en su casa todos los mercaderes de mamelucos presentes en Bursa, y les dijo:

- Traedme mamelucos de primera clase para nuestro maestro El-Sâleh Ayyub.

Respondieron:

- ¡Ay Beg, Dios es testigo de que no queda en la ciudad de Bursa ni un solo mameluco que vender, ni de primera, ni de segunda clase! Y es que hace poco llegó un montón de mercaderes de mamelucos que se llevaron a todos los que encontraron en la ciudad y en la región, y hoy por hoy no queda aquí ni un solo mameluco, ni blanco, ni negro.

Ante estas palabras, el jawâya Ali se quedó muy contrariado y dijo:

- ¡Sólo Dios es Todopoderoso, el Altísimo, el Omnipotente!-. ¡Perra vida! Con un poco de suerte yo tendría que haber estado ya en camino de regreso tras haber concluido mi negocio, ¡pero en fin, cada cosa a su debido tiempo!

Massûd Beg le consoló distrayéndole con agradables entretenimientos.

Así fue como el jawâya se quedó en el palacio de Massûd Beg, esperando un cargamento de mamelucos que tenía que llegar por mar: los mercaderes de Bursa se lo habían prometido, y

estarían muy pronto allí. De modo que se armó de paciencia. Pero, como dice el proverbio, *a fuerza de esperar se atrapa la ictericia*. Y en esa espera estuvo estancado durante tres largos meses, Châbân, Ramadân y Chawwâl, sin saber qué hacer, hasta que un día en que estaba sentado a la puerta del palacio de Massûd Beg, vio llegar a un viejo canoso, encorvado sobre un bastón, que se le acercó y le interpeló en estos términos:

- Jawâya Ali, yo soy tratante de mamelucos y tengo para ti una buena nueva.

- ¿Qué buena nueva, tío mío¹?

- Acaba de llegar al puerto un navío con setentaitrés² mamelucos que no tienen parangón; vas a quedar maravillado y te van a encantar. Si te interesa el asunto, vente conmigo al muelle para echar una ojeada.

El jawâya Ali se levantó de inmediato y bajaron al trotillo hasta el puerto. Encontraron al mercader que había traído a los mamelucos sentado en el muelle, esperando a alguien que le comprara todo el cargamento, lo que le permitiría volver a hacerse a la mar para traer otra partida. Había dejado en el navío a los mamelucos y había bajado a tierra para aguardar a la clientela. Y justo en ese momento llegó el tratante acompañado del jawâya Ali Ibn El-Warrâq. El mercader reconoció enseguida a este último y le saludó.

- ¿Qué nos has traído, jawâya Tâj El-Dîn? – preguntó el jawâya Ali.

- Traigo mamelucos, señor Ali.

- ¡Qué lástima!, hermano, habrías hecho mejor trayendo criados, porque has de saber, mi querido jawâya Tâj El-Dîn, que en este momento, en Bursa, los mamelucos no valen ni un céntimo y no vas a encontrar a nadie que los quiera. Hay tal cantidad que no se les puede dar salida. Si hubiera sabido que traías mamelucos, ni siquiera me habría molestado en bajar aquí: he venido, hermano³, porque creía que traías criados.

Grande fue la amargura del mercader:

- ¡Mira que no haber traído criados! - se lamentaba.

Pues, no cabía duda de que el jawâya Ali no se había caído de un guindo y conocía bien su oficio. Así que le había largado ese cuento para que no se fuera a mostrar demasiado rapaz y fuera a pedir un precio excesivo por los mamelucos. Si desde el principio le hubiera dicho “necesito

¹ En árabe se usa la expresión “tío mío” al dirigirse a alguien de edad a quien se le quiere demostrar respeto.

² En el texto dice 370, lo que es un error, como se verá posteriormente.

³ En árabe se usa la expresión “hermano” al dirigirse a un igual en términos de fraternidad.

mamelucos”, el mercader le habría tenido en sus manos. Pues qué verdad es que todo oficio requiere arte y astucia.

Ante esta adversidad, el mercader dijo:

- Jawâya Ali, hermano mío, adquiere por ahí tus criados, pero cómprame a mí también mis mamelucos; te lo ruego, quédate con los mamelucos que te hagan falta, y compra los criados a otros mercaderes. Hazme ese favor, ¿no somos amigos desde hace mucho tiempo? No voy a ser exigente y te haré un buen precio.

- Bueno, vayamos de todos modos a verlos. Tal vez yo te pueda ayudar a deshacerte de ellos.

El mercader se llevó al jawâya Ali y al tratante, les hizo embarcar en un caique y subieron a bordo de la nave. Cuando el jawâya Ali vio a los mamelucos, no cabía en sí de gozo, pues le parecieron excelentes.

- ¿Te gustan, jawâya? – preguntó el mercader.

- Si me haces un precio razonable y nos das algunas piastras por cabeza, los cogeré sólo por hacerte un favor, y por el amor de Dios, ¡que exaltado sea!

Se sentaron y comenzó el regateo con la intermediación del tratante, hasta que acordaron una suma y lo concluyeron. De este modo el jawâya Ali compró los mamelucos, pagó el precio al mercader, que le felicitó por esa compra, tras la cual hizo desembarcar a los esclavos. El mercader volvió a su navío, izó las velas y se marchó.

El jawâya Ali se llevó a los mamelucos al palacio de Massûd Beg. Eran setenta y tres¹. Después le dio cincuenta monedas de oro al tratante, que las cogió, lleno de alegría, y dio las gracias al jawâya Ali por su generosidad, diciéndole:

- Jawâya Ali, me has colmado de beneficios.

- Vete en paz, sheyj. Sólo Dios es generoso y nosotros somos sus servidores. Ojalá que Él nos haga prosperar en la fe.

El tratante se fue a su casa con las monedas de oro, y el jawâya Ali, se fue a acostar, muy contento de su buen negocio. Al día siguiente por la mañana, mientras estaba sentado a la puerta del palacio, vio acercarse de nuevo al viejo tratante. Ya desde que lo vio de lejos, le dio la bienvenida e hizo que le trajeran un asiento.

- Jawâya Ali – dijo, después de tomar asiento –, tengo otra buena nueva.

¹ Cf. Nota precedente sobre el número de mamelucos.

- ¿Cuál es esa buena nueva, padre mío?

- En casa de Massûd Beg hay dos mamelucos que no tienen igual en todo El Cairo, ni en Damasco, ni en ninguna otra parte del Islam. Uno se llama Qalaûn, y el otro, Edamor. Cuando tú llegaste, Massûd Beg los escondió por miedo a que no fueras a pedirselos y te los llevaras. Tan sólo te ruego que guardes bien este secreto y no vayas a decir que yo te he puesto al corriente.

- ¡Que la vergüenza caiga sobre mi barba si divulgo este asunto!

Allí mismo le dio veinte monedas de oro; el tratante se las embolsó y se fue. Poco después, el jawâya Ali hizo entrar a sus mamelucos y los presentó ante Massûd Beg, que los encontró bastante a su gusto y felicitó al jawâya Ali por haber servido tan bien al sultán. Ordenó que les reservaran un local; se les arregló una hermosa sala, confortablemente amueblada, y les dieron, para el desayuno, la comida y la cena, las mejores viandas. Días más tarde, el jawâya Ali fue a ver a Massûd Beg para hablarle de los mamelucos que tenía en su casa, Qalaûn y Edamor. Y le dijo:

- ¡Oh, Beg, hemos comprado mamelucos, y sólo nos faltan dos para satisfacer la petición del rey, y me gustaría cogerlos de tu casa.

- Pero yo no tengo ningún mameluco que darté – respondió Massûd Beg.

- Sí – replicó el Jawâya Ali –, tienes dos mamelucos, los mejores que se hayan visto jamás: Qalaûn y Edamor.

- ¿Cómo lo sabes?

- No te enfades, es algo que se conoce en El Cairo a través del sultán y de tu primo el Hâÿ Shâhîn, y de hecho, yo me he venido desde el Cairo precisamente por ellos.

- ¡El poder y la fuerza sólo está en Dios, el Grande, el Todopoderoso! – suspiró Massûd Beg, y ordenó a sus mamelucos que hicieran venir a Qalaûn.

Le trajeron ante él y Massûd Beg le dijo:

- Ven, hijo mío, besa las manos a tu señor, el jawâya Ali.

- ¡Qué señor es ese para que yo le bese las manos!, *echta walla*¹, por Dios, que yo estoy bien así, y no quiero un amo extranjero.

¹ El narrador se divierte haciendo hablar a los mamelucos una especie de jerga turco-árabe utilizada por los militares turcos de época otomana en sus relaciones con la población árabe. Los “verdaderos” mamelucos hablaban únicamente turco.

Furioso con Qalaûn, Massûd Beg le gritó:

- Traidor, ve a besarle la mano.

Pero el otro no se movió ni un milímetro y rechazó obstinadamente besarle la mano al jawâya Ali. Entonces éste dijo:

- No hace falta que me bese la mano, lo importante es que tú me lo vendas.

- Te lo venderé a condición de que lo lleves al Cairo a la casa de mi primo el Hâÿ Shâhîn.

- ¡Por mi cabeza y mis ojos¹, pueda Dios devolver y multiplicarte este favor!

- Pero ¿dónde está Edamor? – prosiguió Massûd Beg –. ¡Que me lo traigan!

Cuando se presentó ante él, el jawâya Ali consideró que era superior a Qalaûn. Edamor saludó y se quedó de pie y con los brazos cruzados en señal de obediencia. Massûd Beg le dijo:

- Voy a enviarte al Cairo, a casa de mi primo el Hâÿ Shâhîn, ¿qué me dices?

- Eso es asunto tuyo, mi señor, respondió Edamor, los esclavos son tuyos y el dinero también, y tuya es mi alma, como también lo son mis ojos y mis orejas.

- ¡Bravo! – le dijo Massûd Beg –, anda y ve a besar la mano de tu señor el jawâya Ali.

- ¡Tus palabras son órdenes! – respondió Edamor y, al momento, avanzó, le tomó la mano, se la besó y la puso sobre su cabeza.

Sin esperar más, el jawâya Ali condujo a Edamor y a Qalaûn adonde estaban los otros mamelucos. En cuanto llegaron, se sentaron con ellos, y los mamelucos se dividieron en dos grupos, unos en torno a Qalaûn, y los otros, alrededor de Edamor.

A la mañana siguiente, cuando Dios trajo el amanecer, el jawâya Ali envió a que le reservaran el hammam para que los mamelucos se repusieran de las fatigas del viaje. De paso, el jawâya Ali quería verles bien para asegurarse de que no presentaran taras físicas, pues el rey El-Sâleh le había recomendado y mucho que sólo comprara esclavos que tuvieran una salud excelente, sin enfermedades, ni defectos. Así que cuando el jawâya Ali entró al hammam, le dijo al patrón:

¹ “Sobre mi cabeza y mi ojo” es la traducción literal de “*’alâ ra’sy wa ’alâ ’a’iny*” una expresión árabe que se utiliza para reforzar una promesa o juramento; algo así como decir en español “te juro que así lo haré”, o “tus palabras son órdenes”.

- Mándame a cuatro muchachos expertos en el servicio de baños para que se ocupen de estos mamelucos y vean si están en buenas condiciones, ya que son los mamelucos del sultán El-Sâleh El-Ayyub.

- A tus órdenes, jawâya Ali.

Mandó a buscar algunos sirvientes habilidosos y experimentados en el manejo del guante de crin y del jabón y además ordenó limpiar el hammam baldeándolo bien; lo lavaron, lo fregaron, y lo perfumaron con vapores de incienso y de ámbar. Mientras tanto los mamelucos habían llegado y se habían instalado en el vestíbulo del hammam. El jawâya Ali les ordenó que se desnudaran y que bajaran a lavarse de cuatro en cuatro. Al final, cuando sólo quedaban Edamor y Qalaûn, Qalaûn se desnudó, dejando ver un cuerpo semejante al más puro cristal. Su cabello suelto le caía hasta las pantorrillas; se ajustó un paño y entró al hammam. Todos los que le miraban quedaban prendados de su aspecto y elegancia.

Al entrar Qalaûn al baño, le asaltó un olor nauseabundo, y al volverse, vio en un rincón a un muchacho joven y flaco, envuelto en una manta de fieltro, pues tenía diarrea y estaba muy pálido.

- ¿Quién es este chico? – preguntó.

- Soy un extranjero y estoy enfermo.

- ¿No se te ha dicho que hoy el hammam está reservado para los mamelucos del rey? ¿Por qué te has quedado aquí para apestarlos? Puah, ¡*bala versen*¹! Y le escupió a la cara.

El muchacho gritó:

- ¿Me escupes a la cara?, ¿ni siquiera temes al Altísimo? Él nos ha creado a ambos y siempre el mal se vuelve contra el que lo hizo. Dios te devolverá el mal que tú me haces, ya que muy pronto, si a Dios le place, tú vas a escupir tu propia sangre a borbotones.

Al escuchar a aquel moribundo dirigirle tales maldiciones, se enfureció; empuñó uno de sus zuecos y se dispuso a darle una bofetada, cuando de pronto entró Edamor. Ante tal espectáculo, detuvo el brazo de Qalaûn y le impidió que le golpeará; luego le pidió que le dijera lo que pasaba, y Qalaûn le dijo:

- ¡Mira a ese pequeño enclenque que nos está apestando!

- ¡Que Dios le de salud y a todos los musulmanes enfermos! – recalcó Edamor –, pues, por su cara, se nota que es extranjero.

¹ ¿Qué Dios te maldiga!

El joven dijo entonces a Edamor:

- ¡Esta mala bestia me ha escupido a la cara y me ha injuriado!
- Qalaûn, has hecho muy mal – dijo Edamor –, ¿acaso no temes a Dios en tu exilio?
- Y tú ¿por qué te metes en esto?, ¡déjame tranquilo, *hayde*¹! ¡Lárgate!
- ¿Me dices eso a mí, bastardo?

Comenzaron a insultarse, llegaron a las manos, cada uno empuñó uno de sus zuecos y comenzaron a sacudirse, propinándose grandes golpes en la cabeza y en el cuerpo. Hacían un ruido espantoso y se oían resonar los zuecazos a distancia. Al escuchar el alboroto, entró el jawâya Ali Ibn El-Warrâq y vio que se estaban peleando. Los separó gritando y les preguntó qué pasaba.

- Señor, dijo Edamor, mira a ese muchacho enfermo; Qalaûn le ha escupido a la cara y ha intentado golpearle y expulsarle del hammam. Ante esa actitud, yo le hice unos reproches y le dije: Hermano, ¿es que no temes a Dios, el Altísimo, en tu exilio? ¿Y si Él te afligiera el mismo mal que tiene este muchacho? Entonces se enfureció por lo que le había dicho y se puso a golpearme.

El jawâya Ali avanzó para ver al joven enfermo. Cuando lo vio, Dios le inspiró afecto hacia él; precisamente para que el destino se cumpliera y que cada cosa encontrara su lugar, -con el permiso de Dios, exaltado sea-.

- ¿Quién eres tú, muchacho? – le preguntó.
- Un mameluco, Señor.
- ¿Cómo te llamas?
- Mahmud.
- ¿Quién es tu amo?
- Un acróbata luchador de feria al que llaman el derviche Mahmud El-Azdachîrî.

El jawâya salió, agarró un garrote y comenzó a dar de palos a Qalaûn. Le dio una paliza tal que ni la que se da a un perro que se hubiera meado en la Basílica de los Ídolos². Llamó a gritos al patrón del hammam y le preguntó por el dueño del muchacho enfermo.

¹ ¡Ouste! ¡rápido! (turco)

² Puede que se refiera al nombre que en el relato se le da a la Basílica de San Pedro de Roma.

- No sé dónde está – le respondió –, sólo sé que hace quince días trajo aquí a este mameluco y lo abandonó en el hammam diciéndonos que le dejáramos en el pasillo para que se calentara un poco, pues estaba resfriado. Luego se marchó y no se le ha vuelto a ver.

- Vete a buscarlo – dijo el jawâya –, tráemelo y dile que si quiere venderlo yo estoy dispuesto a comprárselo.

El patrón se fue en busca del derviche Mahmud y se dirigió hacia la entrada del zoco. Y fue en ese preciso momento cuando apareció el derviche Mahmud El-Azdachîrî; se paró ante la tienda de un perfumista y le preguntó si habían sacado del hammam a un mameluco muerto.

El perfumista respondió:

- Buen derviche, tu mameluco todavía está vivo: hoy he ido yo al hammam y le he visto. Pero que Dios le ayude porque está cada vez peor.

Digamos que el derviche tenía la costumbre de llegarse cada día hasta la puerta del hammam a preguntar si su mameluco todavía seguía con vida, tras lo cual se volvía discretamente pues temía que el patrón del hammam lo viera y le dijera:

- ¡Ven acá y llévate a tu mameluco!

Aquel día, vino como de costumbre a preguntar al perfumista, que le dijo:

- No está muerto.

Y ya se disponía a marcharse como siempre cuando el patrón del hammam lo vio y le agarró por el pescuezo.

- Ven a negociar el precio de tu mameluco, pues hoy ha llegado un comprador dispuesto a pagarte en contante y sonante.

- No pienso ir allí –respondió el derviche–, ve tú mismo a venderlo, y que Dios bendiga la ganancia que saques de ello.

- No puedo hacer eso, de entrada, porque el jawâya que quiere comprarlo no me daría a mí el dinero, y además, porque gracias a Dios yo no necesito nada y es su propietario el que debe disponer de sus bienes¹. Tú eres un derviche que vive de la caridad, ¡con cualquier cosa que te dé el jawâya siempre saldrás ganando!

¹ Literalmente dice “Es a Yeha al que debe volver la carne de su toro” (proverbio)

En realidad, el derviche tenía miedo de que el patrón del hammam no hubiera inventado esa estratagema para llevarle hasta allí y devolverle su mameluco. A fin de cuentas, se trataba de un derviche extranjero, sin patria ni hogar, ¿qué podía hacer él con tal mameluco?

Así que no tuvo más remedio que acompañar al patrón. Al cabo de unos pasos se detuvo y dijo:

- Hermano, no me puedo creer que alguien quiera comprar ese mameluco; tú simplemente te quieres burlar de mí y que me lo lleve, pues debe apestar el hammam y ahuyentar a los clientes.

- ¡Por el Terrible Nombre, te juro que sólo te digo la verdad! – respondió el patrón del hammam.

Por fin el otro le creyó, y ya más seguro, siguió al patrón. Cuando el jawâya Ali los vio, le dijo:

- Dime, buen derviche, ¿vendes este mameluco?

- Sí, respondió el otro.

- ¿Por cuánto?

- Por lo que a ti te parezca bien.

- No, dime cuánto quieres y te pagaré.

- Te lo vendo por lo que me des, a la árabe.¹

Al oír esto el Jawâya Ali se acordó de pronto de la bolsa que el rey El-Sâleh Ayyub le había dado. En efecto, después de haberla recibido del rey y guardado en el interior de su ropa, no había vuelto a pensar en ella. La sacó entonces y se la dio al derviche diciendo:

- ¿Me vendes este mameluco a cambio de esta bolsa? Me la entregó un hombre de rango augusto, ¡cógela y que tus ganancias sean benditas!

- Te lo vendo con las bendiciones del Altísimo, y que Él pueda acordarte la suprema dicha, en el Nombre del que glorifican los pájaros y las bestias salvajes.

El jawâya Ali dijo:

- ¡Trato concluido! ¡Que esta ganancia sea para ti manantial de bendiciones!.

¹ Una forma de venta en la que el vendedor no sabe a ciencia cierta lo que le ofrecerá el comprador, pues se fía de su honradez en cuanto al precio.

Se dice que en aquella bolsa había cuarenta monedas de plata que Los Cuarenta¹ habían ofrecido al rey El-Sâleh Ayyub cuando le coronaron en El Cairo.

El derviche cogió la bolsa y dijo:

- Por Dios, que has comprado un tesoro, ruega a Dios que le cure de su enfermedad.

Agarró la bolsa de buen grado y se la guardó en un bolsillo interior. A partir de ese momento, sus ganancias se multiplicaron y Dios mejoró su situación; incluso se dice que no tuvo necesidad de usar aquella plata ni de gastar una sola de sus monedas. El jawâya Ali preguntó a sus mamelucos:

- ¿Quién quiere encargarse de lavar a este muchacho? Será pagado por ese trabajo y el Señor de todos nosotros le recompensará.

- Yo – dijo Edamor, adelantándose.

Despojó al joven de sus harapos, que el Jawâya Ali ordenó que los quemaran en la caldera del hammam. Edamor transportó al joven al interior y le dijo:

- No estés triste, nuestro Señor pone a prueba a los que ama. Este mal que te aflige te ha sobrevenido para que expíes algún pecado y seguro que te aportará alguna ventaja espiritual.

Desde ese momento nació entre ellos una profunda amistad, mientras que una hostilidad feroz se instalaba entre el joven Mahmud y Qalaûn. Los sirvientes del hammam se ocuparon de él, le pasaron el guante de crin, lo enjabonaron. Edamor le vertió agua caliente con la escudilla. Le limpiaron toda la suciedad y salió de allí más resplandeciente que una fina perla. Trajeron toallas de seda y le cubrieron con ellas. Edamor le cogió y lo instaló sobre un banco durante un rato. El jawâya Ali encargó una vestimenta drapeada para el joven e hizo que se la pusieran: era el uniforme de los mamelucos. Le subieron a una mula, pues estaba tan débil a causa de su enfermedad que no podía caminar.

“Que Dios no bendiga la enfermedad, pues la salud llega por onzas y se va por quintales”.

El jawâya Ali reunió a los mamelucos y se fue después de pagar a los criados y al patrón del hammam. Cuando llegaron al palacio de Massûd Beg Ibn Otmân, Qalaûn se volvió hacia uno de sus compañeros, llamado Alay El-Dîn, y le dijo:

¹ Se trata de Los Cuarenta Intercosores (*Abdâl*) que en ciertas creencias populares, constituyen una jerarquía mística secreta que preserva al universo de la destrucción; su jefe el Polo (*Qutb*) es el rey secreto del mundo. Los Cuarenta juegan un papel muy importante en el “Román de Baïbars”, en donde se les denomina Los Justos, Los Hombres de Dios.

- *Echta Vallah ballah*¹, en mi vida he visto algo así, ni a un tipo tan imbécil como nuestro amo, el jawâya Ali, comprando a ese mameluco enfermo, que todavía anda cagándose patas abajo.

En cambio, Edamor tomó a Mahmud bajo su cuidado; le sirvió y le trajo de comer y beber...



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado
“Camino del Cairo”
en donde se relatan las peripecias de Mahmud (Baïbars)
con el mameluco Qalaûn.**

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

4 - CAMINO DEL CAIRO



¹ Más o menos viene a decir ¡por Dios!